

Lic. Luis Baliña, Arq. Alberto Bellucci, Lic. Ludovico Videla, Prof. Carola Blaquier, Mons. Juan Carlos Maccarone, Mons. Eugenio Guasta, P. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), P. Dr. Alberto Espezel, Prof. Rafael Sassot, Prof. Rebeca Obligado, Lic. Carlos Hoevel, Prof. Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Dr. Jorge Saltor (Tucumán), Prof. Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), Prof. Cristina Corti Maderna, Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, P. Lucio Florio (La Plata), P. Dr. C. Schickendantz (Córdoba), Francisco Bastitta.

*Director y editor responsable: P. Dr. Alberto Espezel
Secretaria de redacción: Prof. Cristina Corti Maderna*

COMMUNIO

	3	Por qué nos hace falta centrarnos hoy en la esperanza
<i>Carlos Hoevel</i>	9	La ilusión de ser argentino
<i>Florian Pitschl</i>	22	Regreso a la infancia, redescubrimiento de la esperanza
<i>Alicia Zanotti de Savanti</i>	35	Encontrar la alegría
<i>Enrique Aguilar</i>	49	La relación de Ortega y Gasset con la Argentina
<i>Fernando Devoto</i>	64	El pesimismo de la inteligencia y el optimismo de la voluntad
<i>Alberto Espezel</i>	73	Breve lectura introductoria de Alasdair MacIntyre
<i>Erich Kock</i>	83	Quien quiere saber más, debe atreverse a la muerte In Memoriam Ernst Jünger

La ilusión de ser argentino

*Carlos Hoewel**

El tema que propongo tiene mil antecedentes. Desde que existe la Argentina como país y también antes, han existido siempre personas dispuestas a reflexionar sobre el sentido que pueda tener nacer, vivir y aún morir en esta tierra. Viajeros, poetas, historiadores, ensayistas, todos ellos dispuestos a describir, relatar, explicar y cantar el significado de esta nación. En el siglo XX me resuenan -para mencionar sólo unas pocas- algunas obras: «Historia de una pasión argentina» de Mallea, «Radiografía de la pampa» de Martínez Estrada, «Sentir la Argentina» de Castellani, «La Argentina como sentimiento» de Massuh, «La república de trapalandia» de Denevi y, últimamente, ya en el siglo XXI, el libro hace unos días publicado, «El atroz encanto de ser argentino» de Marcos Aguinis. Es imposible, pues, ser original y tampoco lo pretendo dado el nivel de muchos de estos autores, y la profundidad y amplitud con la que han tratado la difícil cuestión de «ser argentino». Sin embargo, en estas breves páginas quisiera aportar un corto e incompletísimo esbozo de una perspectiva más del tema que no me parece haber visto hasta ahora tan desarrollada, y que creo puede iluminar algo este momento de confusión y, al decir de Octavio Paz, de «tiempo nublado». La descubrí al leer un sabroso ensayo de Julián Marías titulado «Breve tratado de la ilusión». Allí me dí cuenta que se ha hablado de la «pasión», el «sentimiento», el «encanto» e incluso -en otro libro de reciente aparición- del «error» de ser argentino,

* Profesor de Filosofía, Miembro del Instituto de Estudios para la Sociedad Industrial, Facultad de Economía y Ciencias Sociales, UCA.

Este año los profesores C. Hoewel y M. Resico, del mencionado Instituto, han obtenido una beca de la Fundación Templeton para sus investigaciones.

pero nadie quizás haya tratado acerca de la «ilusión» de ser parte de este país.

El sentido de «ilusión» según Julián Marías

En «Breve tratado de la ilusión»¹, Marías nos dice que la historia de la palabra ilusión no ha sido fácil. En efecto, desde la Antigüedad en adelante y especialmente a partir de la Edad Media, «ilusión» ha tenido una connotación negativa; casi siempre fue entendida como engaño, quimera, tomar la fantasía por realidad, etc. Sin embargo, de acuerdo al filósofo español, siempre ha existido también en el mundo de habla española, tanto en el uso habitual como en el literario -sobre todo a partir del romanticismo- un significado positivo de la palabra ilusión. De hecho, según Marías, los españoles usan la expresión «hacerse ilusión» en un sentido muy diferente como cuando dicen que alguien «mira a su novia de tal forma que se ve que le hace mucha ilusión» o «el problema es que esta carrera no me hace ninguna ilusión». Por lo demás, para Marías, la palabra ilusión o la expresión «hacerse ilusión» -en la Argentina diríamos más bien «ilusionarse»- son dignas de ser rescatadas de su desprestigio: su contenido antropológico, ético y aún social sería demasiado rico, demasiado lleno de virtualidades como para que nuestras sociedades, en muchos aspectos tan pobres, puedan prescindir de él.

En primer lugar, según Marías, la ilusión tiene por base al *deseo*, es decir, no se trata ni de un acto puramente mental y «es mucho más amplio que la voluntad», ya que brota «de la fuente de la vitalidad, del principio que nos mueve a todo»². Quien está ilusionado está ante todo vivo, abierto desde su fondo de vitalidad a la aventura de vivir, es capaz de asombrarse por las cosas, de fantasear y soñar a partir de las posibilidades que presiente escondidas en ellas. El ilusionado es lo opuesto al que busca la seguridad, el bienestar y la «satisfacción de sus necesidades». «Su vida está, en cambio, tensa, apun-

¹ Marías, Julián. *Breve tratado de la ilusión*, Alianza, Madrid, 1990.

² Op. cit. p. 58/59.

tando a un blanco” e incluso, añade Marías, “con alguna zozobra”³. Quien está ilusionado siente así el sabor agridulce de todo deseo: gozo por la cierta presencia de lo que le provoca ilusión y el dolor por la incompletud de su realización.

La ilusión presupone, por tanto, la inserción de la vida en un *drama histórico*, en donde no se vive sólo en la dimensión inmediata del presente -como ocurre en los animales- sino desde un pasado y hacia un futuro. Desde ya que si no hay futuro no hay ilusión. En un actualismo puro no hay ilusiones ya que no hay nada para esperar, no hay una ausencia que pida ser llenada, no existe el «todavía no». De algún modo supone entonces también la ilusión, un más allá de esta vida, un futuro trascendente. Sin embargo, Marías nos dice que la ilusión no es lo mismo que la gran virtud teologal de la esperanza dirigida hacia Dios y a la expectativa de una vida eterna junto a Él. La ilusión no está divorciada en modo alguno de la esperanza, pero se trata más bien de un deseo de dimensiones más terrenales, posibles de ser imaginadas y soñadas sobre la base de experiencias más cercanas a la cotidianidad humana y no algo que «no pasó jamás por la mente del hombre». Por otra parte, tampoco hay ilusión sin pasado, sin un «desde donde». De hecho, el sueño, que Marías usa muchas veces como sinónimo de ilusión -al modo del *dream* entre los anglosajones- se proyecta sobre el futuro pero gracias al argumento esbozado desde el pasado. Ya Freud se había pronunciado sobre esto al describir al sueño como la manifestación de un deseo proveniente del arcano de nuestro pasado: ¿qué son nuestros sueños actuales sino los deseos del niño del pasado dentro nuestro? No obstante, por lo demás, tampoco hay ilusión sin capacidad para vivir el presente, sin «detenerse en su dintel», como dice Nietzsche. Así, la ilusión no es ni inmediatismo, ni nostalgia, ni ansiedad por el futuro, sino que tiene la estructura de una trayectoria que crece desde la presencia y antigüedad de lo ya vivido y de lo que se está viviendo hacia la latencia de lo nuevo y futuro.

Pero ¿adónde va esta flecha de la ilusión? ¿no se trata simplemente de una manera idealista, sin fundamento real, de vivir la vida? Aquí Marías contesta que ese concepto de ilusión como ensoñación idealista no es el que él comparte. Por el contrario, a criterio del filó-

³ Op. cit. p. 41.

sofo español, sentir o tener ilusión por alguien o algo no significa necesariamente «engañarse» o tomar apariencias por realidad. Por el contrario, alguien que tiene ilusión puede ser aquel que le es dado ver más, captar más y no menos realidad en cosas y personas que los demás. Así, ilusionarse no sería guiarse por las apariencias sino justamente ser capaz de ir «más allá» de ellas. La ilusión no sería, pues, mero producto de la fantasía, o un puro proyecto mental, sino el efecto subjetivo fruto del descubrimiento de *algo real y objetivo*. Por eso, para Marías puede distinguirse entre falsas y verdaderas ilusiones. Así, no hay ilusión auténtica, sino simplemente fantasía o idealismo romántico si no hay algo concreto por qué ilusionarse. Desde aquí Marías hace un recorrido filosófico a través de las distintas realidades concretas que suelen ser objeto de ilusión en la vida humana: la vocación, los hijos, los nietos, los amigos, los maestros y discípulos, los novios y esposos, Dios. Pero Marías también menciona otro posible objeto de ilusión: la patria.

Para Marías, no se ha dado la suficiente importancia al peso que ha tenido en la historia la ilusión por la patria. Es fundamental saber si un pueblo, más allá de su situación política o económica, es o no un pueblo ilusionado o, por lo menos, capaz de ilusión. No se trata de la pasión o el sentimiento irracional, del chauvinista o del extranjerizante que generalmente intenta afirmarse hacia adentro desde la idealización o la mentira histórica, la falta de realismo en relación al presente, y el delirio o el racionalismo hacia el futuro y, de manera reactiva, negativa, agrediendo, echando todas las culpas o imitando ciegamente a los demás países porque no está seguro del valor del suyo. El verdadero patriota siente ante todo ilusión por su país, es decir, está instalado en él desde una vitalidad anhelante y encantada, pero a la vez encarnada en la trama dramática y real de su historia, antes que envuelto en cualquier odio o amor narcisista hacia sí o hacia los demás.

Realidad ilusionante de nuestro país

Se ha dicho y se dice mucho sobre los males de la Argentina. Casi se podría decir que somos un país experto en autodiagnósticos, sobre todo si son de pronóstico reservado o de índole decididamente

pesimista. Esta habilidad florece en el bar, en el taxi, en el trabajo, en la televisión, en la sala de espera, en donde sea. Además, todos los ensayos escritos sobre el país han elaborado intelectualmente esta aptitud nacional, desde el “Matadero” y el “Facundo” en adelante. Por lo tanto, me remito a todas estas fuentes, que considero valiosas y pormenorizadas, para caracterizar las distintas causas del «mal argentino» como lo denomina Víctor Massuh. Dicho esto -¡qué alegría!-, me tomaré la libertad de hablar aquí sobre todo acerca de lo bueno, de hacer un repaso placentero de lo entusiasmante de nuestro país, de una manera simple y poco precavida, incompleta y hasta un poco caprichosa, de un modo casi *naïf*, olvidándome de las objeciones, aunque sean obvias, no porque no quiera ver lo malo, sino porque siento la tranquilidad de que todo argentino que lea esto tiene suficientes argumentos negativos a su disposición para compensarlo.

País-continente

Empiezo por lo más obvio y de perogrullo pero no por eso menos cierto. La Argentina es un país geográficamente preparado para la ilusión. Sarmiento sostiene que el principal problema de la Argentina es el desierto -algo similar insinúa Martínez Estrada-. Esto fue cierto especialmente en el pasado y también en alguna medida lo es hoy. Sin embargo, éste quizás sea un mal mirado desde una perspectiva excesivamente política o económica. ¿Lo es en cambio desde el punto de vista de la ilusión? Creo que los espacios que atraviesan la Argentina hacen soñar...Buenos Aires, por ejemplo, aunque convertida en una densidad urbanística apiñada y en cierto sentido claustral, tiene todavía frente a sí al Plata, que sigue siendo, a pesar de todo, un inmenso estuario abierto hacia el horizonte, como la proa acuática de la Argentina hacia el Océano y al mundo. Desde el hacinamiento lujoso o miserable de la gran ciudad, en el batir de la brisa de algunas noches calurosas de verano, se presiente el Delta interminable y los brazos del Paraná y el Uruguay trepando sin fin hacia el Norte; en los días de pampero: la Pampa, la Cordillera y la Patagonia. Todos estos nombres argentinos invitan al deseo, al futuro todavía no realizado y, por tanto, a la ilusión. Alguien me contó que a un grupo de alemanes, invitados a un campo lindante con el río Colorado, se les comentó, mien-

tras caminaban a la orilla de ese río, que «del otro lado empieza la Patagonia» y ellos comenzaron inmediatamente a sacar fotos como a quien le dijeran que de allí se divisaba Siberia o los límites del Sahara. Es que no nos damos cuenta que para muchos europeos, Roma o el Sena son nombres tan cargados de historia que ya solamente evocan el pasado, en tanto los lugares argentinos siguen produciendo ilusión. Este portento físico que es la Argentina puede hacer soñar hacia el Sur en poblaciones futuras instaladas a la vera de los lagos o del mar, diseñadas con formas urbanísticas menos densas, donde se conservarían formas de vida urbana ya perdidas en otros lugares. Estoy soñando - ¿por qué no?- en más ciudades como San Martín de los Andes y otras pequeñas poblaciones del sur, dedicadas a un turismo bien atendido, pero multiplicadas por decenas. Hacia el Norte y hacia el Oeste, me ilusionan las viejas ciudades y provincias, abortadas hasta ahora en su desarrollo; me ilusiona su potencial renacimiento, el reciclaje de sus viejas artesanías con el agregado de nuevas tecnologías suaves...¿Inviabilidad política o económica? Está por verse. Lo que es cierto es que toda viabilidad tiene su base en la ilusión para dejar de ser un mero sueño. ¿Eran «viables» hace tres siglos la pampa húmeda, el oeste norteamericano o las inmensidades canadienses o australianas? O, por el contrario, ¿se fueron volviendo viables o mejor, la ilusión que se tuvo por ellas fue descubriendo y realizando en la práctica su viabilidad? ¿No será que el espacio argentino se ha ido volviendo inviable porque se nos ha ido durmiendo el poder de sentir ilusión por nuestros lugares? Creo que la Argentina ocupa, aún hoy, un territorio de espacios fabulosos, casi míticos, aptos para encender ilusiones nada pequeñas.

Algunas humanidades argentinas

El hombre del interior

Hay quienes sostienen que la Argentina interior, un poco criolla, indígena, hispánica, gaucha en cierto modo, y también hija de las colonias de inmigrantes, no existe más. Yo diría que si en los Estados Unidos -país hiperindustrializado- todavía se sigue hablando del «heartland», es decir, del «corazón de la tierra», en donde habita la

gente más sencilla y humana, más arraigada, más noble en cierto modo, y se la considera como algo real y tangible -esto lo comprobé yo mismo mientras viví allí- ¿cómo negar que existe la Argentina interior? Creo que todo el interior argentino es un gran «heartland», un enorme espacio humano compuesto por una clase distinta de humanidad. Si bien el interior argentino no puede ser puesto en una misma bolsa, ya que es muy variado y rico en humanidades, me tomo la libertad de generalizar un elogio. Es un lugar común -pero no por eso menos cierto- decir que basta con asomarse un poco fuera de Buenos Aires para encontrar personas que, más allá de su ubicación social o económica, siguen siendo eso: personas. La conversación con una persona del interior argentino es completamente diferente a la que se da con un porteño: se encuentra generalmente una mirada limpia en los ojos, fresca y transparencia en la expresión, y una buena dosis de sensatez y humildad. En una carta de lectores dirigida al diario La Nación el 11 de agosto del 2000, Susana Pereyra Iraola sintetiza muy bien la forma de ser del interior a través de un elogio de la idiosincrasia de los habitantes de la pampa húmeda cuando dice que «las dificultades y carencias son aún más graves que las de la Capital, a menudo desesperantes y las pasiones pueden ser tan devastadoras y destructivas como en cualquier parte, pero existe una silenciosa y tácita valoración de la persona en el medio en que vive, de sus necesidades y alegrías; se vive una mayor vocación por compartir; existe la memoria y se escucha el corazón. No estoy imaginando un paraíso -concluye Pereyra Iraola- sino imaginando una modalidad argentina. . .Quizás debamos mirar los porteños hacia el interior de cada uno de nosotros y hacia ese interior provinciano. . .» Pero no sólo eso: en muchos lugares del interior parece que -dice Pereyra Iraola- «la gente se hace cargo de sus escuelas, sus cooperadoras, sus residencias para mayores. Los clubes de jubilados son activos y programan múltiples actividades, competencias de trabajos artesanales, viajes. La gente se conoce y la trama afectiva, familiar, vecinal, aún en el campo, se traduce en actitudes concretas y humanamente solidarias.» ¿Cómo no sentir ilusión por un país en donde todavía existe una parte de humanidad poseedora de estas cualidades?

Los grandes luchadores de la clase media

Me hace ilusión también la descendencia de la inmigración europea que no colonizó el interior sino que permaneció en las ciudades, especialmente Buenos Aires. Seguramente hay hijos de la inmigración que produjeron, junto con los criollos, al célebre «chanta argentino». Pero prometí mantenerme alejado lo más posible de la descripción de los males. Me refiero aquí a la ilusión que me siguen produciendo los luchadores de las clases medias argentinas, que en forma aparentemente solitaria, siguen hambrientos de elevación no necesariamente económica sino ante todo de calidad, en el mundo de las profesiones, de las industrias, del arte, de la ciencia, de la literatura, etc. Es cierto que la maquinaria burocrática del Estado y las formas económicas modernas cobran cada día más víctimas y roban la ilusión que trajeron sus padres a tantos hijos de la simiente europea, pero ¿cómo no entusiasmarse al ver florecer siempre y por todas partes, academias, círculos de profesionales e intelectuales, grupos de científicos, clubes de cine, asociaciones de arte, etc.? ¿Cómo no hacerse ilusión con quienes tienen ellos mismos ilusiones tan fuertes como para ser reconocidos en el mundo por su nivel? Massuh señala agudamente en su libro que no es del todo cierto el comentario habitual de que el hecho de que haya tantos argentinos que se destaquen no sirve para ilusionarnos por la Argentina como país, ya que esto sólo prueba un logro individual y no del conjunto. De hecho, sostiene Massuh, ¿es sensato pensar que los individuos destacados pueden surgir por una especie de generación espontánea, por mérito exclusivamente propio? Massuh cree que no, y yo comparto su idea. Me parece que es legítimo ilusionarse por este «racimo de humanidad argentina» que todavía tiene vitalidad, que sueña, que lucha, que no busca la mera satisfacción pequeño-burguesa, que no vive sólo el presente, que tiene un pasado abierto al futuro y lo traduce en realidades concretas.

El pueblo

Me hace también ilusión el pueblo. Las clases populares argentinas me hacen ilusión por su dignidad, por su trabajo, por su sentido

común -que no abunda en las clases medias y altas-, por su inteligencia y viveza -difícil de ver en otros países latinoamericanos y europeos, donde el peso de un pasado más duro parece haber embotado o encerrado el espíritu en el rencor o en la cerrazón-. Me hace ilusión y me emociona el sentimiento a flor de piel del argentino pobre quien, a pesar de las calamidades de la vida urbana, sigue constituyendo comunidades, sigue siendo capaz de mostrar sus afectos, sigue sintiendo la alegría de vivir. Me ilusionan los ojos negros, vivos, inteligentes de tantos hombres y mujeres de tez morena. Me ilusiona que haya en ellos tantas posibilidades más fuertes que en otras humanidades argentinas, aunque no puedo evitar decir aquí -a pesar de mi compromiso con la ilusión- que me duele la humillación en que suelen vivir quienes tienen este modo de ser argentinos.

La potencia histórica de la Argentina

Toda verdadera ilusión -en el sentido en que hablamos hasta ahora- debe estar basada en realidades. Creo que la Argentina las tiene. Sin embargo, ¿está la Argentina instalada en una posición hacia el pasado y hacia el futuro que le permita ilusionarse o ser objeto de ilusión? ¿Tienen la Argentina y los argentinos un «argumento» en el que puedan enhebrar su ilusión? Creo que sí. Si hay una cosa que me hace ilusión de la Argentina es justamente que parece tener lo que yo llamaría una «potencia histórica» suficientemente grande como para propulsar a este país hacia el futuro. Esta «potencia histórica» a la que me refiero es por cierto algo muy distinto a decir «su pasado». Éste último hace pensar en algo muerto, que fue pero que ya no es ni será más. La potencia histórica, en cambio, es el poder que aún tiene el pasado argentino sobre el presente y el futuro. Me viene al respecto a la mente el concepto de Freud de «retorno de lo reprimido», que es, en definitiva, la causa de los sueños. Éstos últimos eran para el psiquiatra vienés no un adelanto imaginario elaborado artificialmente desde el hoy hacia el futuro sino, por el contrario, un mensaje proveniente del pasado, de nuestra naturaleza profunda, que nos hace recordar lo que realmente deseábamos ser en un principio. Creo que el fundamento subjetivo de la ilusión argentina nos viene de un hondo deseo que nos

comunica -quizás inconscientemente- con los arcanos de nuestro pasado. Querámoslo o no, estamos insertos en un drama histórico que nos reclama con insistencia no reprimir más aquello que comenzamos a ser desde los albores de nuestra historia. En una palabra, la ilusión de ser argentino es «algo más amplio que la voluntad», al decir de Marías.

¿Cómo reprimir la potencia histórica de nuestros próceres? Lo hecho, por ejemplo, por San Martín es un acto verdaderamente poético de una gravedad simbólica única como para alimentar por siglos la capacidad de ilusión de la Argentina. Todos los relativismos históricos no podrán derribar la imagen cierta, indiscutible, del ejército de los Andes. Alguna vez yo me asomé a caballo por el Ande: confieso que no creo que sea posible hacerlo sin sentir a San Martín y con él la gran ilusión de ser argentino. Un maestro de la cultura, George Steiner, afirma con acierto que «aquél que ha contemplado verdaderamente una pintura de Cézanne va a ver una manzana o una silla de un modo en que nunca antes lo ha hecho.» Así, considero que la mirada, los sentimientos y las acciones que han tenido nuestros antepasados sobre la misma realidad que hoy tenemos delante nuestro -sintetizada en este caso en la imagen de San Martín- transmite un poder de apreciación de esas mismas cosas, una capacidad para valorarlas, que no tendríamos si fuéramos los primeros en haber llegado al mundo o si nuestros predecesores hubieran sido insignificantes o mediocres.

¿Cómo vivir, por ejemplo, sin ilusiones en una ciudad de la que Borges dijo: «A mi se me hace cuento que empezó Buenos Aires la juzgo tan eterna como el agua y el aire», o en un país del que Francisco Narciso de Laprida habría dicho antes de morir una muerte horrible -según la «conjetura poética» del mismo escritor-: «Pero me endiosa el pecho inexplicable un júbilo secreto/ Al fin me encuentro con mi destino sudamericano»? ¿Cómo no soñar con una tierra y un pueblo capaces de haber inspirado la épica del “Facundo” de Sarmiento o del “Adán Buenos Ayres” de Marechal, la truculencia genial de Horacio Quiroga o de Roberto Arlt, la dulzura de Arturo Capdevila, el lirismo naturalista de Hudson o el espíritu científico y aventurero del Perito Moreno? Ciertamente, muchos de los que amaron y actuaron desde ese amor por la Argentina no forman parte de la historia oficial política o cultural. Algunos fracasaron políticamente, murieron a destiem-

po, fueron calumniados, traicionados o simplemente olvidados. No obstante, todos los que pasaron por esta patria dejaron su huella, y sus deseos inconclusos llegan a nosotros en forma a veces imperceptible pero real.

Por último, la inmigración. Hace pocos meses se refaccionó el Hotel de Inmigrantes. Las paredes de aquel lugar fueron un alojamiento temporal de ilusiones. Leyendo las cartas de los inmigrantes a sus tierras de origen uno se asombra al ver la ilusión que tenían por la Argentina. Me pregunto: ¿tienen todos los países del mundo tantos millones de hombres en su pasado que hayan volcado tanta ilusión por un país? En muchos lugares quizás no haya habido nunca demasiadas ilusiones ni quizás las haya jamás, en otros, es posible que las ilusiones ya hayan sido agotadas. Creo que la Argentina no está incluida en ninguno de los dos grupos.

Falsas ilusiones argentinas

Aunque estas líneas quieren ser optimistas, no puedo dejar de referirme al gran enemigo de la ilusión y, por tanto, de la ilusión argentina: las falsas ilusiones. Éstas son producto del narcisismo, del encierro enfermizo, de la obsesión fanática que tiene origen en el miedo a la realidad y en el deseo morboso de controlarla, dominarla o asegurarse contra ella. Una vez que se concreta esta operación ya no es posible ver la realidad y se sacrifican las verdaderas ilusiones en el ara del falso sueño. Creo que el dominio de las falsas ilusiones ha sido amplio en nuestro país. Desde su origen la Argentina ha alucinado y creado mitos mentirosos para no ver la realidad. Ha habido falsas ilusiones que proyectaban a la Argentina como un laboratorio de la Ilustración o del positivismo, como el lugar posible para encarnar el paraíso democrático, populista, igualitario o conservador. El demonio de la política fue un gran productor de falsas ilusiones. La alucinación política de la Argentina, ya sea por parte de las minorías ilustradas como de las mayorías populares, nos dejó un barco a la deriva y finalmente encallado en las orillas de la desilusión y la tristeza.

Hoy, la ciencia lúgubre

El demonio de la política del que hablábamos nos hizo alucinar también con un paraíso económico, ya sea en la etapa conservadora como en la etapa populista. Pero la economía de las falsas ilusiones es tan mala como la economía sin ilusiones que hoy vivimos. El defecto de todos los románticos, los alucinados y los demagogos, ha sido el de utilizar a la economía para fabricar falsas ilusiones. A pesar de la envidia que nos provocan los llamados países desarrollados, ¿no han ahogado ellos en parte sus verdaderas ilusiones con las falsas ilusiones del bienestar económico y el consumismo? Pero también es posible el defecto opuesto. En los albores de su historia, Thomas Carlyle, llamó a la economía la «ciencia lúgubre» o, en otras palabras, la ciencia de la desilusión. ¿Y no es cierto ya desde los tiempos de Malthus que la economía ha arruinado el encanto y la poesía de la vida -parafraseando a Burke- sometiendo a cosas y personas al rigor implacable del cálculo y la lógica del dinero? Me parece que la economía ha agostado, ciertamente, muchos sueños. No obstante, también me parece que, bien entendida, no se opone necesariamente a ellos, sino que en cierto modo necesita del horizonte de los sueños y de las ilusiones legítimas. La economía norteamericana, por ejemplo, con todo lo que tiene de disciplina, cálculo y esfuerzo, vive también de una ilusión -el llamado *american dream* (sueño americano)- que si bien es en parte una quimera de ribetes consumistas, es también una imagen donde se encuentran muchos de los símbolos que para el norteamericano significan mucho más que la economía. De este modo, si volvemos a sentir la ilusión de ser argentinos ¿no empezará a tener que hacer la economía las cuentas de un modo diferente?

Desilusión: otra cara de la ilusión argentina

Para concluir: creo que el pesimismo argentino es muy diferente al «pesimismo oriental», por ejemplo, nacido de una oscura y honda resignación ante la inevitabilidad de los hechos. Me suena más a ira, a indignación por las posibilidades frustradas, escondidas bajo el disfraz del escepticismo. No le creo la desilusión a los argentinos. La desilu-

sión argentina se parece a la miseria del hombre descrita por Pascal: la miseria, terrible, pero grandiosa de un rey destronado. La desilusión argentina es, pues, con toda propiedad, des-ilusión: una ilusión caída pero que en el fondo está allí, agazapada, esperando para volver a mostrar, a la primera señal, su faz resplandeciente.